

# COMO CONOCI A LASSO DE LA VEGA



Los jóvenes de esta última generación que no alcanzaron a conocerlo, no pueden darse una idea de lo que fué Leoncio Lasso de la Vega como periodista y como hombre y del lugar que ocupó en nuestro ambiente. Es muy difícil que haya habido alguna vez en Montevideo un periodista de su género que haya conquistado tan completamente la simpatía y el aprecio del público. Leoncio Lasso de la Vega era un héroe popular, un hombre rodeado de una aureola especial de prestigio y de cariño que no lo abandonó nunca. Ya desde antes de conocerlo personalmente lo conocía yo por admirar sus artículos de «El Día» de los que era lector fervoroso e infalible. Fué en 1908. Comenzaba yo a insinuarme en aquellos momentos en las letras buscando en dónde colocar mis primeros versos que se me antojaban, como a todos los que empiezan, que iban a revolucionar al mundo. Pero era muy tímido, y no tenía amigos. Acababa de concluir mi carrera de maestro y no sabía qué hacer. Incidentalmente, en circunstancias que ahora no son del caso, llegué a conocer a Ernesto Herrera y Alberto Macció, y después a Julio Alberto Lista y Orosmán Moratorio, y así, insensiblemente, como si una mano nos fuera eligiendo, fuimos agrupándonos hasta constituir el cenáculo aquel que fundó «Bohemia» y la sostuvo durante casi un año. Naturalmente, los amigos de cada uno pronto se convirtieron en los amigos de todos, y tanto la trastienda de la casa de comercio de Lista como el lugar aparte que se nos reservaba en el café de la calle Defensa y Carapé, se vieron pronto concurridísimos de un público original en el que había un poco de todo: artistas buenos y malos; escritores hechos y principiantes, y los demás que no eran escritores ni pretendían serlo.

Lista y Herrerita comían en un restaurant situado a la entrada del Mercado Central, por Juncal. Una noche, que me esperaban allí, fui a buscarlos al final de la cena. Estaban instalados esta vez en el centro del salón, enredor de una mesa redonda en la que se encontraban también Macció, Angel Falco y algunos otros que no recuerdo. Desde fuera me llamaron la atención los carcajadas ruidosas que salían de allí, y cuando entré me di cuenta de lo que era. En la mesa, entre Lista y Falco estaba un señor al que yo no conocía, hombre como de unos cuarenta y tantos años, de ancha frente, bigote mosqueteril, melena en la que comenzaban ya a apuntar las canas y una flotante corbata «mariposa». En cuanto llegué me lo presentaron. Fué Lista:

--Veni p'aquí, francés. Te voy a presentar a Lasso de la Vega.

Mi emoción y mi satisfacción fueron muy grandes. Yo no me lo había representado de otro modo que como lo veía, pues no soy de los que tienen esa mala costumbre de figurarse como son las personas antes de verlas y que no aciertan nunca. Inmediatamente me di cuenta del inmenso caudal de cordialidad, de simpatía que emanaba de aquel hombre tan bueno y tan sano espiritualmente. Todo el mundo estaba pendiente de lo que decía. Confieso que jamás he conocido un «causer» más chispeante, más entretenido, más cautivador que Lasso de la Vega. Era un verdadero andaluz, pero un andaluz cultísimo, de buen gusto irreprochable: todo un gran señor. Pertenecía a una ilustre familia española famosa por su educación y su inteligencia. Aquella noche, la primera en que estuve directamente en contacto con él, estuvo maravilloso. Las carcajadas de Macció, como las blasfemias de Gambeta, hacían estremecer los vidrios de las ventanas y oscilar las lámparas enredor de sus ejes. En las demás mesas del salón la gente no comía por escuchar lo que decía Lasso y hasta los mozos estaban embobados, pendientes de sus palabras. Recuerdo que hablaba en aquellos momentos de la vida y milagros de un señor Abraham, tal como la Biblia lo cuenta, y que cometió la mar de fechorías, todo lo cual no obsta para que se le haya santificado. Lasso estaba en aquel tema completamente a su gusto. Era un verdadero erudito en materia de religión católica y su prodigiosa memoria lo auxiliaba a las mil maravillas. No era de esos incrédulos ignorantes, — cosa que me explico todavía más que el otro fenómeno de los crédulos también absolutamente ignorantes de lo que creen, — sino un profundo conocedor de las cosas de iglesia, de las que estaba enterado perfectamente por haberse educado en un hogar sumamente religioso y por haber dedicado gran parte de su vida al estudio de los textos eclesiásticos. Pero lo interesante no era por cierto lo que Lasso repetía en aquellos momentos de lo que sabía, sino los comentarios de finísima e irresistible ironía con que los completaba, en un lenguaje fácil y preciso, lleno de gracia. No sé si fué la impresión de aquella primera vez, — yo me inclino a creer eso, — pero desde entonces nunca más volví a encontrar a Lasso tan oportuno y tan entretenido, apesar de que compañeros en muchísimas circunstancias tuve después mil ocasiones de oírlo y de admirarlo. Excuso decir que todos los demás éramos puro oído. Falco que gustaba tanto hablar para oírse a sí mismo, apesar de que la naturaleza no le otorgó ese don, callaba también admirado y festejaba como todos. Herrerita de vez en cuando subrayaba alguna frase con una de las observaciones rápidas y agudas que lo caracterizaban — era también un extraordinario conversador, — pero nada más. Los demás no teníamos sino una sola cosa que hacer: reír, ya que los chistes se sucedían unos a otros con rapidez vertiginosa y no habíamos tenido todavía tiempo de festejar uno cuando otro nos salía al encuentro. Macció reía como la artillería de sitio o como un temporal desecho del mar sobre la costa y se retorció presa de agitaciones que parecían epilépticas. Lista, tan grave por lo general, tan serio aún cuando estuviera bromeando, había perdido la línea y lo encontraba desconocido. En cuanto a mí no sabría qué decir, pero puede suponerse lo que sería cuando he podido conservar tan nitidamente este recuerdo a través de los diez y seis años que han transcurrido. Es uno de los mejores, de los que más quiero de aquella época de mi vida, particularmente importante para mí.

Las mismas virtudes de que hacía gala en la conversación Lasso de la Vega, estaban presentes también en sus escritos, pero en grado menor. Hay

artistas de la palabra hablada, no oradores, sino conversadores simplemente, cuya misión parece que fuera la de hacer gratas las horas que se pasan en compañía. Lasso era en eso un artista completo. Quien lea los libros que ha dejado, quien tenga la paciencia de buscar lo mejor de su obra que fueron los «salpicones» que durante varios años publicó casi diariamente en «El Día», podrá tener hasta cierto punto una idea de lo que fueron su espontaneidad, su gracejo, su cultura extraordinaria, su sátira acerada y temible. Pero de lo que no podrá tener idea quien no lo conoció es de la bondad de su corazón abierto a todas las desdichas, de su altruismo, de su amor al hombre al que deseaba ver libre de todas las cadenas, especialmente de las más infamantes que son las que traban el libre pensamiento. Con sus campa-

ñas mortíferas, que no tenían contestación porque no había en campo contrario un hombre ni de lejos comparable a él, le valieron odios nunca apagados ni desmentidos de esas clases de la sociedad que lucran o prosperan con la ignorancia y la superstición de las multitudes. Pero eso era insignificante ante el prestigio que Lasso había conquistado entre el pueblo que lo adoraba. No iba a ninguna parte en Montevideo donde no se le admirara, donde no se le quisiera. Yo tuve que presenciar muchas veces escenas verdaderamente emocionantes, provocadas por la simpatía popular, que en ciertos momentos rodeaba la cabeza de aquel hombre con una aureola de luz que la destacaba como la cabeza de los santos en los cuadros italianos y españoles.

**Alberto LASPLACES.**

---